

PARO, Y LIBRE COMERCIO EXTERIOR: UNA CONTRADICCIÓN INCÓMODA PARA ECONOMISTAS Y POLÍTICOS (empezando por la **deslocalización**)

Joaquim Vergés i Jaime

Un país que reduce sus aranceles, y especialmente si no es una economía fuerte, entra en el proceso que la clásica política proteccionista trata de evitar: ciertos productos son más baratos en el exterior, las importaciones aumentan y las personas hasta entonces empleadas en producir esos productos en el país se quedan sin trabajo. Esta sería la primera fase; el corto plazo. La segunda fase se supone que sería que esas personas desempleadas –a medio/largo plazo- acaban encontrando trabajo produciendo otros productos o servicios, con un valor de mercado igual o superior al de las nuevas importaciones que les desplazaron de sus antiguos trabajos. Si esta segunda fase se da, a medio/largo plazo la sociedad de ese país estará económicamente mejor, puesto que estará produciendo más con la misma población. El problema está en que esta segunda fase en una alta proporción de casos no se da de forma substancial, o queda demorada indefinidamente. Tanto en países en desarrollo como en los industrializados. Con respecto a estos últimos, la deslocalización tiene los mismos efectos.

¿Es esto uno de los aspectos negativos de una economía de mercado totalmente abierta, y que por tanto hay que soportar resignadamente si queremos tener las ventajas de tal economía (tendencia a la reducción de costes y estímulo para innovar)?

La perspectiva desde (los asalariados de) un país industrializado

El libre comercio con países menos desarrollados o la deslocalización incrementa las importaciones y de rebote el paro. (Y en el caso de deslocalización, puede que también parcialmente se reduzcan las exportaciones): Dejamos de producir un producto determinado porque, de acuerdo con el tipo de cambio de la moneda extranjera, al comerciante mayorista le sale más a cuenta comprar el producto a un fabricante extranjero, de un país con salarios mucho más bajos. Y, además, el sistema permite hacerlo aunque como país no tengamos con qué pagar a ese fabricante extranjero, lo que lleva a la administración a endeudarse con algún prestamista internacional. Si obviamos esto último, el resultado inmediato es un incremento del paro y, a cambio, una cierta reducción del precio final del producto en cuestión para los consumidores nacionales. A medio/largo plazo debería funcionar la segunda fase (recolocación de los parados en otras actividades); pero a juzgar por las estadísticas de paro –y de jubilaciones anticipadas- en los países europeos, parece que el mecanismo de la segunda fase tiene grandes dificultades para funcionar.

La estrategia de bajar algo los salarios de los trabajadores de las empresas afectadas para así poder competir, además de ser laboralmente injusta por cargar el problema que genera el sistema (economía de mercado totalmente abierta) en un grupo social específico, ni siquiera es objetivamente una solución, porque siendo el coste de la vida superior en el país importador, los salarios de los trabajadores afectados no podrán ser tan bajos como en el país exportador, menos desarrollado.

Cierto que una forma de ayudar a los países subdesarrollados –probablemente la más efectiva para muchos de ellos; especialmente si descontamos el ejercicio de la caridad internacional- es el dejar que sus baratas mercancías inunden nuestros mercados. La paradoja está en que lo que tendría que ser en principio algo beneficioso, como es el que fabricantes extranjeros estén dispuestos a vendernos mercancías muy baratas, resulta tener como consecuencia el paro, con sus dos efectos negativos: la situación personal de esas

personas que pasan a estar desocupadas; y el absurdo social de mantener esos recursos productivos (trabajo) inutilizados, auto-limitándonos nuestra propia capacidad social de producir.

¿No habría forma de resolver esta paradoja? ¿No podríamos ‘ayudar’ a través del comercio a los países deprimidos o menos desarrollados, ser solidarios en ese sentido, pero sin que ello tenga que traducirse en que mandemos a sus casas a 100.000 parados más (con lo que, además, disminuye nuestra capacidad de ‘ayudar’)?

Supongamos que nuestra imaginación social es incapaz de encontrar una alternativa al absurdo de ese paro. Y supongamos que el coste de ser solidarios es, inevitablemente, ese. En este caso parece lógico defender que: 1) el coste habría que repartirlo entre todos los ciudadanos; y 2) estos deberían previamente aceptarlo, a través de los mecanismos de la democracia representativa. Es decir, cabría esperar que el gobierno dijese algo así como ‘ciudadanos, vamos a ser solidarios con los países más pobres / menos desarrollados, y eso significa renunciar a una parte (x %) de nuestro nivel de consumo; ¿están ustedes de acuerdo?’.

La parábola de Aporue

La perspectiva desde la otra orilla: El libre comercio como motor del endeudamiento en países no desarrollados

En la isla de Aporue (Pacífico sur) una parte importante de la alimentación se basa en la patata. Desde hace decenios, casi todo el valle central -el más fértil- está ocupado por una única y enorme explotación agrícola que emplea a 2000 personas y es la que produce todas las patatas consumidas en el país (la isla). Las vende al precio de 22 monedas el kg. (la producción le viene costando a unas 20 monedas/kg.). Últimamente están llegando barcos de otras islas que traen patatas a un precio inferior (alrededor de 15 monedas/kg.). La explotación agrícola deja de producir patatas, despide a 1980 trabajadores, y con los 20 restantes se dedica a comprar las patatas que traen los barcos y a venderlas, como ha hecho siempre, a los consumidores de la isla. De ser una empresa productora ha pasado, pues, a ser una empresa puramente comercial.

De acuerdo con las leyes de la isla, se hace una colecta entre todos los que tiene trabajo para así poder pagar unos subsidios a los ex-trabajadores de la granja que se han quedado sin trabajo y por tanto sin sueldo. (Alguien en la asamblea de la isla apuntó que tal colecta era simplemente una subida de impuestos). Paralelamente, y dado que la isla no dispone de otros recursos naturales o productos con los que hacer ventas adicionales a las otras islas (los posibles productos y/o sus posibles precios no interesan a las otras islas), las autoridades negocian con las de las islas que les venden las patatas para que les presten monedas suyas con las que poder pagar a los comerciantes de dichas islas las patatas que están enviando por barco. Efectivamente, llegan a un acuerdo, la isla recibe el préstamo de sus vecinos, con la intervención del Fondo Monetario de las Islas que avala al gobierno de Aporue. Con ocasión de dicho aval el representante del banco internacional argumenta ante el gobierno de Aporue que todo irá bien si se espabilaban en especializarse en cultivar en el fértil valle algún cultivo para la exportación; como girasoles, por ejemplo. Los responsables del gobierno asintieron al comentario-consejo con una breve sonrisa, sin palabras, preocupados como estaban pensando como debía ser la producción y el comercio de semillas de girasol o qué otra cosa podría ser eso nuevo que los habitantes de la isla podrían hacer (producir), para luego vender a sus vecinos a unos precios que les interesasen a éstos.

El más pesimista entre los miembros del reducido gobierno de Aporue comentó después a sus colegas que no veía posibilidades de que tal cosa ocurriera, por muchos que fuesen los esfuerzos del gobierno. Sabía que las semillas de girasol (que ya se habían producido antes en Aporue en pequeñas cantidades) otras islas, algunas lejanas, se lo ofrecían a sus vecinos a unos precios con los cuales Aporue no podía competir. Y cualquier otro producto o servicio que se le ocurría lo descartaba mentalmente porque intuía que pasaría lo mismo. Y concluyó que temía que no solo no podrían devolver los plazos del préstamo que acababan de recibir sino que cada año tendrían que pedir nuevos préstamos. La reunión del gobierno concluyó con el comentario de los más optimistas: ‘Bueno, de momento hemos solucionado el problema; más adelante, ya veremos’.

No es difícil imaginar que es lo que más adelante fueron viendo. Probaron, desde luego, con el girasol, pero efectivamente, su coste no fue competitivo. También con algodón, y se quedó igualmente sin vender. Nada exportable a precios competitivos llegó a producirse en la isla. El endeudamiento se tuvo que incrementar en una cifra similar durante el segundo año; y así los demás. Dado el recurrente déficit comercial, no pudieron devolver los sucesivos créditos. Pero como estaban avalados por el Fondo Monetario de las Islas, éste pasó a ser el acreedor externo de Aporue. La actividad agrícola prácticamente desapareció. La mayor parte de la población del valle se trasladó a RaPa, la capital y única ciudad de la isla. Y las 1980 personas que tiempo atrás trabajaban en la explotación agrícola produciendo patatas pasaban los días sin saber qué hacer en las calles de Ra-Pa, viviendo de la solidaridad familiar y social, en un país ahora más pobre. Y con una deuda externa creciente.

Una perspectiva global: ¿Quién gana, quien no, y quien pierde en cada país?

Volvamos a la perspectiva de países desarrollados, y a la cuestión de que el libre comercio internacional es la mejor vía de solidaridad con los países pobres con salarios de miseria. Dentro de un país desarrollado, si distinguimos entre empresas y asalariados es evidente que las empresas buscan el libre comercio exterior con los países de muy bajos salarios -y la deslocalización como una variante de comercio exterior- para mejorar sus cuentas de resultados. De entrada, o en general, no son pues las empresas las que ‘pagan’ la solidaridad en cuestión.

Y después está la cuestión de si esa peculiar solidaridad va a ir más allá de que la población de esos países pobres simplemente encuentre trabajo cobrando unos salarios ínfimos con jornadas agotadoras; es decir, si es que efectivamente se va a producir que sus salarios por hora van a ir subiendo progresivamente. Porque a juzgar por lo que podemos observar, no parecen que en general la historia reciente discurra así; aparte de casos contados tipo Corea del sur.

Quela deslocalización, por ejemplo, favorece los resultados de las empresas de los países desarrollados que la practican, es un hecho. Pero que los muy bajos salarios de los países receptores suban apreciablemente no está claro en general. Lo cual no significa que las empresas locales que pagan esos micro-salarios no obtengan importantes beneficios. Por otra parte no es de extrañar que esos muy-bajos salarios no vayan subiendo significativamente, pues entonces ‘el país pobre’ deja de tener su ‘ventaja comparativa’.

Como ha ironizado Reinert al respecto¹, en nombre del libre comercio “(algunos países) se pueden especializar en ser ricos, mientras otros se especializan, obedeciendo a su ventaja comparativa, en ser pobres”. Comentario que requeriría matizar qué personas o

¹ Erik S. Reinert *La globalización de la pobreza*, Crítica, 2007.

estamentos económicos salen beneficiados en los países ricos, y quienes salen perjudicados en los países pobres.

Distinguir entre quien gana o no y quien pierde *dentro de un mismo país* (asalariados por una parte, empresas import-export por otra) resulta en cualquier caso necesario para esclarecer las consecuencias del libre comercio exterior *entre países desiguales*. Porque ésta es precisamente otra cuestión por la que quizás deberían haber empezado estas notas: las teorías económicas sobre que el libre comercio internacional es beneficioso para todos (para ambas partes contratantes) parten del supuesto –unas veces explícito, otras implícito– de que se está hablando de un comercio entre iguales; o en todo caso entre países similares en cuanto a condiciones de vida y sistema institucional. Un supuesto que es bovio que en demasiados casos no se da, y que suele ‘olvidarse’ cuando se formulan argumentaciones programáticas a favor del libre comercio como algo esencialmente bueno en si mismo. En un artículo en la prensa, Stiglitz comentaba al respecto –al destacar que las medidas de los países ricos ante la crisis de 2008-09 están centradas en subvenciones o prestamos millonarios a sus empresas con problemas– “Haya existido o no alguna vez un terreno de juego igual para todos en la economía mundial, el caso es que ya no existe: las subvenciones y rescates en gran escala facilitados por EE UU lo han cambiado todo, tal vez irreversiblemente.”²

Imponer internacionalmente la doctrina de la libre circulación de mercancías y capitales a los países subdesarrollados, olvidando que las condiciones de desarrollo, tecnológicas, de capital, y de marco institucional son muy disimilares, difícilmente puede ir a favor de esos países. En palabras de un experto sobre el tema³, ‘la solución para salir del subdesarrollo no pasa por abrir las fronteras occidentales a la agricultura africana; no se trata de que se especialicen en eso. Se trata de que se industrialicen primero, y luego integrarse vía comercio internacional con países con parecido nivel de desarrollo’. Pero para primero industrializarse –como argumenta el mismo Reinert– es necesario un cierto proteccionismo. Especialmente en el actual contexto de globalización. De su recorrido por la historia económica occidental el mencionado Reinert considera evidente que los países ricos se hicieron ricos porque durante décadas, cuando no siglos, protegieron sus industrias, establecieron subsidios y desarrollaron políticas industriales –y más recientemente de servicios– orientadas a los cambios tecnológicos que se percibían. Y que, sin embargo, son esos países, ahora desarrollados, los que vetan esas mismas prácticas ‘proteccionistas e intervencionistas’ a los actuales países pobres, en nombre de la doctrina del libre comercio.

Barcelona, Enero 2009

² Joseph E. Stiglitz “Los países en desarrollo y la crisis global”, El País, 26-4-09

³ Erik S. Reinert *La globalización de la pobreza*, Ed. Crítica, 2007